

# EL AMOR

en «The Mind and Heart of Love», de M. C. D'Arcy, S. I.

Por PATRICIO CARIOLA B., S. I. — San Miguel

## INTRODUCCION

Este trabajo pretende exponer las líneas generales del libro intitulado *The Mind and Heart of Love*, escrito por el R. P. Martín C. D'Arcy M. A. (Oxon.), y publicado por Faber & Faber Ltd., Londres, 1945.

El autor es un jesuista inglés, «Master» en Campion Hall, Oxford, desde 1930 a 1940. Allí fué centro y guía de un grupo numeroso y activo de jóvenes artistas y escritores que en breve deberían señalarse en muchos campos, como Evelyn Waugh y Lord Cherwell. Actualmente se encuentra en Farm Street, Londres<sup>2</sup>.

Ha publicado varios libros sobre temas filosóficos y teológicos, siendo considerado una de las primeras figuras en el mundo de la filosofía inglesa actual. El libro al cual nos referimos a continuación, parece ser su obra de mayor resonancia, lo cual se colige del número de ediciones (cuatro), y de haber merecido una extensa y elogiosa crítica del *Time* de Nueva York.

El tema está insinuado en el subtítulo: *Un estudio sobre Eros y Agapé — El León y El Unicornio*. El León significa la tendencia agresivamente conquistadora del amor, y el Unicornio, animal bíblico, la tendencia extásica, centrífuga del mismo — Eros, en contraposición de Agapé.

Sin forzar mucho las cosas, podríamos distinguir en la obra cuatro partes:

1) *Descripción* de la naturaleza y de las múltiples manifestaciones de este doble dinamismo.

2) *Su fundamentación filosófica*.

3) *Su explicación última* por los constitutivos metafísicos de la persona.

4) *Su realización*: imperfecta en la amistad humana, perfecta en la amistad divina.

El lenguaje y método que usa dan mucho atractivo literario y riqueza humana a la exposición, aunque se sacrifica, a primera vista, la nitidez en el desarrollo del pensamiento. Ya trayendo de todos los rincones de la realidad y del saber, testimonios que confirmen su intuición inicial. Así aparecen De Rouge-

<sup>1</sup> Título de la edic. francesa: *La double nature de l'Amour*.

<sup>2</sup> *Life*, 14-I-1952.

mont y Nygren, Aristóteles, Agustín y Tomás, Buber, Scheler y Jung, Guthrie, Rousselot y San Juan de la Cruz, y 241 autores más. Los cita y, a medida que los comenta, se amplía el panorama del tema y se desarrolla y precisa poco a poco su pensamiento personal<sup>3</sup>.

Es una síntesis de éste lo que pretendemos exponer aquí. Síntesis y, por lo tanto, congelado esqueleto de la atractiva y viviente descripción de la realidad que presenta el original<sup>4</sup>.

## 1.<sup>a</sup> PARTE

### DESCRIPCIÓN DE LA NATURALEZA Y DE LAS MÚLTIPLES MANIFESTACIONES DEL DOBLES DINAMISMO DEL AMOR

Aristóteles, con su teoría de la materia y forma, nos muestra esta realidad ya en los mismos seres *inorgánicos*. Vemos en ellos un principio determinante y otro determinable, un principio de ser y otro de no-ser.

En los seres orgánicos, sobre todo en los *animales*, se manifiesta parte en el instinto agresivo con que conservan su individualidad, y parte en el instinto de entregar la vida por la conservación de la especie<sup>5</sup>. Lo masculino y lo femenino.

Estas fuerzas animales las encuentra Jung en el *inconsciente*; pero en el *hombre*, unión substancial de cuerpo y alma, incomunicable como persona, pasan a otro plano y tienen otras manifestaciones. Amor egótico y extático; de concupiscencia y de amistad; centrípeto y centrífugo; *Eros* y *Agapé*; tendencia de *animus* y tendencia de *anima* son nombres con que se ha designado a estos movimientos que manejan los últimos hilos del ir y venir de la vida del hombre.

La *tendencia de animus*, la razón, compendia todo lo que sea tomar para sí, conquistar, buscar la propia conservación y perfección. Su ideal es apolíneo, inmanente, el apetito natural de la propia perfección de Aristóteles. Se manifiesta principalmente por la actividad del intelecto en busca de la verdad; él «se hace de alguna manera todas las cosas»; su objeto son las esencias, el «ello». En la historia es responsable de los movimientos clásicos, de corte más bien pagano y hedonista, que se corresponden con las tendencias filosóficas intelectualistas, racionalistas e idealistas. Su arte típico parece ser la pintura, que se apodera y fija la realidad. Su último extremo es el superhombre individual o racial,

<sup>3</sup> Denis de Rougemont, literato francés contemporáneo, autor de *L'Amour et l'Occident*.

Anders Nygren, teólogo protestante, sueco, autor de *Eros y Agapé*.

Martín Buber, israelita, estudió de la secta «Jazidi», muy cercana al cristianismo, actualmente profesor de la Universidad de Jerusalem; autor de *Yo y Tú*.

Hünther Guthrie, S. I., norteamericano, profesor de la Universidad de Fordham, N. Y., y autor de *Introducción al Problema de la Historia de la Filosofía*.

Hago referencia especial a estos autores porque son los que parecen haber tenido mayor influencia en el pensamiento de D'Arcy.

<sup>4</sup> Se encontrará algo más extensa la 4.<sup>a</sup> parte, porque nos interesa particularmente la manera cómo integra ambos amores.

<sup>5</sup> C. G. II, 25.

La *tendencia de anima*, el «punto fino del alma», exige del yo uno e indivisible una actitud completamente opuesta. Es el amor del todo desinteresado que no tiene por objeto las cosas, sino las personas incomunicables a las que se puede entregar y por las que se puede vivir. Es el hombre que se siente dependiente y necesitado de otro.

Su ideal es más bien trascendente, de más sabor cristiano, ya que se trata de un «perder la vida para encontrarla». Se expresa sobre todo en la voluntad que tiende hacia afuera, a darse en el juicio. En la historia ha hecho irrupción con los movimientos de carácter romántico o barroco; en las filosofías neoplatónicas, voluntaristas, nihilistas; en los movimientos colectivistas, donde grandes masas dejan de pensar y se abandonan a un líder. Se ha manifestado siempre en el sentido del sacrificio, que encuentra su plenitud en la Santa Misa. En el arte se expresa principalmente en la danza. Sus extremos se pueden ver en los cultos dionisíacos, en los mitos y prácticas gnósticas, en los misticismos panteístas y fusionistas, donde se busca la desaparición en el «Uno».

Hay un amor que cuida de sí y otro que se sacrifica, y esos dos amores pueden ser resumidos en la expresión general de «dar y recibir». Estos dos amores, que fácilmente se perciben en la actividad y experiencia humana, tienen su correspondencia a medida que se desciende en las capas del yo, y son imitados de manera burda, otras veces patética, entre los brutos. Parecen, pues, pertenecer a la estructura primordial de todos los seres finitos. El que se cuida de sí y es de carácter posesivo, se muestra especialmente en el mundo de la razón, el *animus*; mientras que el amor abnegado pertenece al *anima*, a ese lado del yo que se preocupa poco de su dignidad y derechos y tiende al romanticismo y aun al irracionalismo. El primero tiende a la propia realización y arguye, con respaldo aristotélico, que el hombre debe, por su misma naturaleza, amarse a sí mismo, aun cuando ama a otros. El segundo no está de acuerdo con tal actitud y prefiere la fusión con el amado y morir a sí mismo. Con todo, ambos deben vivir juntos. (Sólo por una abstracción los pensamos separados). La convivencia falla con frecuencia, porque *anima*, cegándose a su vocación y desposándose con la irracionalidad, reduce al hombre a una condición de salvaje. Otras veces corteja y alaba a una especie de humanismo, y se supone que *anima* puede sentirse satisfecha obedeciendo a la razón y siendo así altamente civilizada. Por último, hay un momento en que el alma se cansa de los ideales burgueses y de la satisfacción propia, de la así llamada cultura humanista, y sale a peregrinar en busca de un escondido y perfecto amante. Esto puede tomar dos formas: un arranque de misticismo, con todo el peligro de perderse en un absoluto durante alguna noche oscura, abandonado en el abrazo de un dios sin nombre; o una esperanza del Dios que no desprecia ni *animus* ni *anima* y establece una relación de amistad personal. Lo que tenemos, pues, es la inestable inhabilitación de dos amores, y es en su interacción donde el alma está inquieta.

Como vemos, son dos tendencias puras, su orden o desorden; la primacía de la una o de la otra depende del modus vivendi que encuentren ambas en el hombre.

2.<sup>a</sup> PARTE.

## FUNDAMENTACION FILOSÓFICA

D'Arcy encuentra un cimiento filosófico para su teoría de los dos amores en las doctrinas sobre la actividad espiritual del alma, de Hunter Guthrie y Pierre Rousselot.

Ambos coinciden en dar en ella, es decir, en la actividad espiritual del alma, una función al amor. Muestran la doble tendencia —egocéntrica y alocéntrica— trabajando en los actos del entendimiento y de la voluntad.

El primero, Guthrie, da la primacía en la vida del alma a la voluntad, al movimiento hacia afuera; el segundo, Rousselot —intelectualista decidido— pone el acento en la actividad asimiladora del intelecto. Esto, empero, no le impide, por su manera de interpretar a Sto. Tomás, el llegar a un perfecto amor extático de Dios.

Como suele, el autor no se juega por la verdad intrínseca de estas teorías; pero las expone porque, en general, confirman su sentencia y muestran cuán fondo es el arraigo de Eros y Agapé en la naturaleza humana.

3.<sup>a</sup> PARTE.EXPLICACION ULTIMA POR LOS CONSTITUTIVOS METAPÍSICOS  
DE LA PERSONA HUMANA

Como se insinuó ya en la primera parte, la raíz última de ambos amores la encontramos en los dinamismos propios de la esencia y la existencia. El Padre D'Arcy, basándose en estos conceptos, llega a una definición de la persona humana que sintetiza y fundamenta toda su teoría. Aquí están sus palabras:

«La persona humana, pues, si le damos plena fuerza a la relatividad contenida en la palabra «conmensurada», se define correctamente como «la posesión de una conmensurada existencia», y en esta definición se descubre el secreto del ir y venir de ambos amores. Hay un amor que cuida de sí y otro desinteresado; uno es introvertido, todo es grano para el molino de la esencia; su preocupación es adornar la naturaleza, por espartana que sea, preservarla y aumentar su valor. El otro es extrovertido; no tiene que ver directamente con la esencia (la existencia no le agrega nada a la esencia; sólo la actualiza); si se me permite usar de una metáfora que es metafísicamente correcta, está bien alerta de que su unión con la esencia finita la ha limitado al estado de lo finito. Se aleja, pues, de la vida limitada, inestable, hacia la fuente de todo ser; está pendiente del Verbo de otro. Ahora bien, el «yo», como persona, reúne en sí ambos movimientos. Se construye a sí mismo, se sostiene, es consciente y está siempre en vías de realizarse y de llevar a la perfección sus potencialidades. Pero no lo puede hacer sin una existencia propia y, una vez lanzado a la existencia, es solitario, incomunicable, pero también dependiente. Un ser humano no se basta a sí mismo; para ser él mismo debe depender, siempre de otros existentes, distintos de sí. Ser sin existencia es un aborto —por for-

tuna el «yo», como persona, existe. Pero como el existente se debe someter a las reglas del juego divino del amor, porque lo que existe no puede mantenerse dentro de sus propios límites, es arrastrado irresistiblemente hacia la fuente de toda bondad, hacia otras personas que pueden dar y recibir y, por la divina iniciativa, hacia la existente Trinidad del Amor, que es tan perfecta que el mutuo dar y recibir constituye su vida personal. Podemos comparar la vida humana a una corriente que fluye hacia el océano y, al mismo tiempo, por su propio movimiento, forma una isla flotante que, en vez de perecer, crece siempre en hermosura como una parte de la naturaleza. El amor de sí no es barrido por el amor de Dios; forma un núcleo que se desarrolla tanto más ricamente, cuanto mayor es el arrastre del amor que lo empuja. El amor de sí mismo es un verdadero amor; es necesario para la permanencia de nuestra personalidad y el esplendor de nuestra belleza finita; no es sólo una parte del otro amor; es coherente con él; *animus* y *anima* se dan mutuamente asistencia y amor; lo esencial y lo existencial —juntos— forman el «yo», la persona; Eros y Agapé no son enemigos sino amigos».

«Si buscamos la razón última del porqué de movimientos tan diversos en un mismo ser, la respuesta es que es limitado, que la esencia del ser finito no es su existencia y que solamente en Dios ambos amores se unen».

4.<sup>a</sup> PARTE.REALIZACION IMPERFECTA EN LA AMISTAD HUMANA, PERFECTA  
EN LA AMISTAD DIVINA

Hasta ahora más bien se ha hecho un análisis; llega, pues, ahora el momento de construir. ¿Cómo pueden convivir en equilibrio ambos amores, sin extraviar al «yo» por caminos de muerte? ¿Cómo se puede llegar a una plenitud de desinterés en la entrega, sin estorbar los justos y naturales anhelos de la propia perfección?

Está la solución intelectualista de Rousselot y Gilson. Pero ella no nos puede llevar muy lejos, porque es esencial al entendimiento la tendencia a poseer, a mirar por sí. A lo más, amaré a los otros por ser otros yo.

Por esta razón —siguiendo a M. Buber, Régnon, Descoqs y H. Guthrie— buscamos una explicación en la «persona», que, por un lado, es dependiente y, por otro, incomunicable. El autor insiste mucho en que la única verdadera realización del amor está en la amistad, en el trato entre personas. En la amistad humana una realización imperfecta; en la divina, perfecta. Allí está evitado el peligro de un egoísmo exagerado, de corte clásico, que contempla todo lo que lo rodea, aun las personas, como «cosas», asimilables por el intelecto, como utensilios. Y evitado también el alotismo irracional, tipo fusión neoplatónica que tiende a entregarse, a perderse en «otro». Al contrario, en la amistad se encuentra la plenitud de la entrega y la plenitud de la personalidad.

a) *Amistad humana:*

«Dentro de una persona podemos, en general, distinguir lo que *tiene*, su naturaleza, su humanidad, y lo que *es*. El fundamento del amor-de-sí está en la naturaleza y, por lo tanto, tiende a manifestarse en las capas superiores del alma por el intelecto, y a considerar todo lo que no es él mismo como cosa. Podemos construir una elevada teoría sobre el amor, haciendo pleno uso de este amor natural; pero su clave será siempre el poseer. Nuestro vecino será amado como nosotros mismos; será otro yo. Nos dará las más nobles satisfacciones. Pero lo que, finalmente, hace que este ser encerrado en sí mismo, aislado de todos los demás, viviente y en crecimiento, anhela y se preocupe de lo que no es él mismo, es su ser existencial. No estamos ahora teorizando fuera de la realidad; estamos en el remolino mismo de la realidad y debemos nadar o ahogarnos. Y es en estas condiciones donde, arrojados a la vida, descubrimos a los demás y los saludamos y nos dirigimos a ellos como a personas; como a seres que decididamente no son nosotros mismos, que solicitan los tratemos como a seres que poseen su inalienable individualidad y perfección. Somos arrastrados hacia ellos, pero no como si de alguna manera nos pertenecieran; justamente porque no pueden ser explotados o usados o partidos es por lo que nos dirigimos a ellos, por aquello que son en sí mismos. Y aquí sucede algo nuevo. En el amor de las cosas el camino es de una sola vía. Tomamos y retenemos; la cosa es nuestra o nos extraviamos en algo más grande y desaparecemos, y eso es todo. Pero en el amor de las personas hay una correspondencia de amor. Ambos son activos y el modo de tomar es recibir del otro, y mientras más uno da, mayores son las probabilidades de recibir. Yo vivo por su vida y él vive por la mía.

Esta es la nueva ley del amor y las nuevas prescripciones no le calzan. Yo no hago ni puedo hacer la pregunta de si acaso me estoy amando por último a mí primero, por la simple razón de que cuando amo a otro no puedo obtener ningún beneficio, si no doy mi amor a ese otro. Mientras menos considere mi ganancia y mientras más libremente dé sin segundas intenciones, mejor será para mí y para mi amor. Y yo vivo por la bondad del otro, así como él vive por la mía. Este es sobre la tierra el perfecto amor entre personas...»

En la amistad humana hay dos escollos. Es el primero no saber si habrá igualdad en el dar y en el recibir, si será devuelto el amor. El segundo, más sutil, es la posibilidad de un olvido total de sí, la despersonalización en la entrega. Se pasa a ser una «cosa» y, por lo tanto, desaparece el amor que se da entre «personas».

No se puede prescribir una receta, una proporción para ambos amores; cada hombre es algo demasiado complejo; pero, si es cierto que «sólo el que pierde su alma la encontrará», también es cierto que «de nada te sirve ganar todo el mundo si pierdes tu alma».

#### b) Amistad divina:

«La ley del amor que se muestra en la amistad humana es, realmente, un gusto anticipado o una profesión del estado de amor en que todo está bien». «Aspiramos a ser amados por uno cuyo amor rompa las reservas últimas del yo, de modo que le podamos pertenecer completamente. El significa más para nosotros que nosotros para nosotros mismos; y él se preocupa más por nosotros que

nosotros por nuestro propio ser. No tenemos por qué sentir ansiedades por nuestro bien, ni temor de ser lesionados o de sufrir alguna pérdida en nuestra identidad, porque sabemos que la naturaleza del amor perfecto es elevar y no rebnjar nuestro ser, multiplicar y no sustraer, dar vida y durar más abundantemente. De aquí que en un solo caso, y solamente en uno, aquel del amor divino, pueda y deba el yo dejar de lado todo cuidado de sí, despojarse y decir: todo lo que soy y tengo es tuyo».

Es en la perspectiva del amor divino donde se entiende el extraño comportamiento del yo y sus oscilaciones entre los dos amores. La primera impresión que tenemos de nosotros mismos es de que somos independientes, absolutos; pero el doloroso existir nos hace caer en la cuenta de nuestra relatividad; somos una vibración —esencialmente inferior— de otro instrumento.

«No se puede ser persona sin ser una relación, y como una relación viva estamos vueltos hacia el término de esa relación. De aquí que estemos ordenados más que a poseer a Dios, a pertenecerle, a vivir por El y para El».

La perfección, la posesión más completa de nosotros mismos está, pues, ordenada a hacer más acabada nuestra entrega a Dios. Esencia y existencia, somos obra del amor de Dios. Nuestro encuentro con El no ha sido fortuito. «Ningún favor nuevo, ningún acontecimiento externo, ninguna experiencia arrebatadora es un testimonio mayor del amor de Dios que nuestra misma naturaleza y ser». Por un lado, la esencia tiende a poseerse, a su perfección, a la verdad; por otro, la existencia, con un movimiento aún más fuerte, tiende a unirse a la Fuente de donde salió. La «angustia» se entraiza en una falta de fidelidad a esta realidad.

«Qué secretos haya en el orden natural entre Dios y las personas humanas, no hay manera de saberlo; y no necesitamos detenernos para averiguarlo, ya que en el Agapé cristiano se nos da la revelación perfecta del amor. Aquí lo finito no es abandonado a sí mismo para que reproduzca la divina belleza en la perfección de su naturaleza, y así pertenecer a Dios. Lo finito es elevado a un nuevo grado de ser, cuyo límite es medido solamente por la necesidad de permanecer una persona humana. Esta nueva energetización tiene por objeto cambiar la relación de creatura a Creador, en la de amigo a Amigo, de amado a Amante».

La Gracia Sobrenatural, el amor de Dios en nosotros, eleva inmensamente las capacidades de la persona; el alma no disminuye sino crece en personalidad y, sobre todo, en entrega a Dios. «Expresa la perfección de las relaciones personales; todo es dar y no hay ni pensamientos de poseer; lo que se tiene es un don del otro». Es Dios que se ama en nosotros y por nosotros, como nos enseña San Juan; lo confirma la experiencia de los místicos: Juliana de Norwich, el autor del «Espejo de Almas Simples», San Juan de la Cruz.

El entendimiento, expresión de la esencia, que tanto ha trabajado por encontrar la Verdad, recibe su recompensa: la posesión y goce de Dios no ha sido buscado: es un don. «Nada en la persona ha de perderse o quedar sin recompensa».

Es en el comentario a una de las últimas estrofas del «Cántico Espiritual» de San Juan de la Cruz, donde el P. D'Arcy encuentra la síntesis más acabada de lo que se ha dicho sobre las relaciones de ambos amores, y con ello da por terminada su obra.

## CANCION XXXVIII

«Allí me mostrarías  
Aquellos que mi alma pretendía,  
Y luego me darías  
Allí tú, vida mía,  
Aquellos que me diste el otro día».

Es decir, primero pide el alma amar como es amada, y luego, como cosa de menor caso, el conocer a Dios, en lo cual está su beatitud.

Y, ¿cómo puede ser esto? —dice el Santo; y responde: «Es por dos razones: la primera porque, así como el fin de todo es el amor, que se sujeta en la voluntad, cuya propiedad es dar, y no recibir; y la propiedad del entendimiento, que es sujeto de la gloria esencial, es recibir, y no dar; estando aquí el alma embriagada de amor, no se le pone delante la gloria que Dios le ha de dar, sino darse ella a él en entrega de verdadero amor; sin algún respeto de su provecho. La segunda razón es, porque en la primera pretensión se incluye la segunda, y queda presupuesta en las precedentes canciones: porque, es imposible venir a perfecto amor de Dios sin perfecta visión de Dios. Y así la fuerza de esta duda se desata en la primera razón, porque con el amor paga el alma a Dios lo que le debe y con el entendimiento antes recibe de Dios».

Así tenemos amor del todo desinteresado y, al mismo tiempo, conocimiento completo. Plenitud del hombre y, en sentido extrínseco, plenitud de Dios.

## ACTUALIDADES

## Próximos Congresos

## XIV CONGRESO INTERNACIONAL DE PSICOLOGIA

Está convocado para *Montréal*, del 7 al 12 de junio de 1954. Las sesiones tendrán lugar en la Universidad de *Montréal* y en la Universidad *McGill*. Dirige la organización del Congreso la *International Union of Scientific Psychology* y, dado que se celebrará en Canadá, lo auspician conjuntamente la *Société Canadienne de Psychologie* y la *American Psychological Association*.

El Congreso admitirá miembros de tres categorías: los psicólogos profesionales diplomados, provenientes de todas partes del mundo, serán elegibles como *miembros activos* (esta categoría comprenderá, sobre todo, los miembros de las sociedades nacionales y asociaciones profesionales de Psicología; empero, las demás personas que deseen inscribirse como miembros activos pueden solicitarlo al Secretariado del Congreso, consignando los datos que atestigüen claramente que se hallan en condiciones de participar del Congreso con provecho); los estudiantes que siguen cursos de Psicología pueden inscribirse como *miembros estudiantes*; las esposas y demás familiares de los miembros activos, que asistan con ellos al Congreso, pueden inscribirse como *miembros asociados* con derecho a asistir a las sesiones y a las actividades sociales del Congreso. (Las cuotas de inscripción han sido fijadas en 15 dólares para los miembros activos residentes en Canadá y Estados Unidos, y 5 dólares para los residentes en los demás países, así como para los miembros estudiantes y asociados).

La inscripción está limitada a 2.500 miembros, dándose preferencia a los que residan fuera de Canadá y Estados Unidos. Para más datos, dirigirse al Tesorero, Dr. G. A. Ferguson, Department of Psychology, McGill University, *Montréal*, Canada.

El Congreso comprenderá conferencias magistrales dadas por psicólogos de renombre mundial, *symposia* y comunicaciones sobre diversos temas. Dado el elevado número de miembros, se hace imposible una invitación general a presentar comunicaciones, pero se agradecen las sugerencias respecto a temas que hayan de ser discutidos y respecto a la designación de los conferenciantes. Dirigirse para esto a Prof. Robert B. Mac Leod, Cornell University, Ithaca, N. Y., U.S.A.

\* \* \*

La *Società italiana per gli studi filosofici e religiosi*, organiza un *Congresso di filosofia* que se realizará del 4 al 6 de octubre próximos en la *Università*